

pueblo habían estado contemplando desde por la mañana y poniéndola de pie junto á Cosette, díjole:

—Tómala, para tí.

Es de creer que durante la hora que hacía que estaba allí, en medio de sus meditaciones, debió haber notado confusamente aquel puesto de juguetes alumbrado con velas y candilejas, tan espléndidamente, que aparecía á través de los vidrios de la taberna, como una iluminación.

Cosette levantó los ojos, había visto al hombre ir hacia ella con aquella muñeca como si hubiese visto venir al sol, oyó aquellas palabras inauditas: "Para tí"; le miró, miró á la muñeca, retrocediendo luego poco á poco fué á esconderse al último extremo debajo de la mesa en el rincón de la pared.

Ya no lloraba, ni gritaba; pero tenía el aire de no atreverse á respirar.

La Thénardier, Eponine y Azelma eran otras tantas estatuas. Los mismos bebedores se habían suspendido. Reinó un silencio solemnisimo en todo el bodegón.

La Thénardier, petrificada y muda, volvía de nuevo á sus conjeturas: ¿Quién será este viejo? ¿Un pobre? ¿un millonario? Quizá sea ambas cosas, es decir: un ladrón.

La cara del tabernero Thénardier presentó aquella expresiva arruga que acentúa la expresión humana cada vez que el instinto dominante aparece en ello con todo su brutal poder. El tabernero se fijaba alternativamente en la muñeca y en el viajero; parecía olfatear en aquel hombre algo como cuando se olfatea una talega de dinero. Esto sólo duró lo que un relámpago. Acercóse á su mujer, diciéndole por lo bajo:

—Esa mecánica cuesta lo menos treinta francos. Nada de tonterías. ¡Es preciso humillarse ante ese hombre!

Las naturalezas groseras se asemejan á las naturalezas sencillas en que no hay en ellas transiciones.

—Y bien, Cosette,—dijo la Thénardier con cierto acento que quería ser dulce y que se componía sencillamente de esa miel agria propia de las mujeres perversas,—¿no tomas tu muñeca?

Cosette se arriesgó á salir de su escondite.

Mi querida niña,—repuso la Thénardier con ademán cariñoso,—este señor te regala la muñeca. Tómala. Es tuya.

Cosette consideraba la muñeca maravillosa con cierta especie de terror. Su rostro estaba todavía inundado de lágrimas, pero sus ojos empezaban á llenarse, como el cielo en el crepúsculo de la mañana, de las extrañas irradiaciones de la alegría. Lo que ella experimentaba en aquel momento era bastante parecido á lo que hubiera sentido si le hubiesen dicho de improviso: "Muchacha, eres la reina de Francia".

Parecía que si tocaba á aquella muñeca saldría de ella el trueno.

Lo que era verdad hasta cierto punto, porque ella pensaba que la Thénardier regañaría y la pegaría.

Sin embargo, la atracción pudo más. Acabó por acercarse, y murmuró tímidamente, dirigiéndose á la Thénardier:

—¿Es verdad que puedo, señora?

Ninguna expresión alcanzaría á pintar aquel ademán de desesperación, de espanto y de arrebato á un tiempo.

—¡Pardiez!—dijo la Thénardier.—¡Si es tuya, puesto que el señor te la regala!

—¿De veras, señor?—preguntó Cosette.—¿Es ello verdad? ¿La señora es mía?

El forastero parecía tener los ojos arrasados en lágrimas. Parecía haber llegado á aquel punto de emoción en que hablamos para no llorar. Hizo un signo afirmativo de cabeza dirigiéndose á Cosette, y puso la mano de "la señora" en sus manecitas.

Cosette retiró vivamente su mano como si la de "la señora" la quemase, y fijó los ojos en el suelo.

Estamos obligados á añadir que en aquel instante sacaba la lengua de un modo desmesurado.

Volvióse de repente, y cogiendo la muñeca con violencia:

—La llamaré Catalina,—dijo.

Fué un gran momento aquel en que los harapos de Cosette tropezaron y estrecharon las cintas y espléndidas muselinas de color de rosa de la muñeca.

—Señora,—preguntó ella,—¿puedo ponerla sobre una silla?

—Sí, hija mía,—respondió la Thénardier.

Ahora eran Eponine y Azelma las que miraban á Cosette con envidia.

Cosette puso á Catalina sobre una silla, después sentóse en el suelo delante de ella, y permaneció inmóvil, sin decir palabra, en actitud contemplativa.

—Juega, pues, Cosette,—dijo el forastero.

—¡Oh! Ya estoy jugando,—respondió la niña.

Aquel forastero, aquel desconocido que tenía el aspecto de una visita que la Providencia hacía á Cosette, era en aquel momento lo que la Thénardier aborrecía más en este mundo. No obstante, le era preciso contenerse, por más que fuesen aquellas emociones mayores que las que podía soportar, por acostumbrada que estuviese al disimulo, procurando copiar á su marido en todas sus acciones. Apresuróse á enviar sus hijas á acostarse; después pidió "permiso" al hombre amarillo para enviar también á Cosette, "que se había cansado mucho aquel día", añadió con aire maternal. Cosette se fué á acostar, llevando su Catalina en brazos.

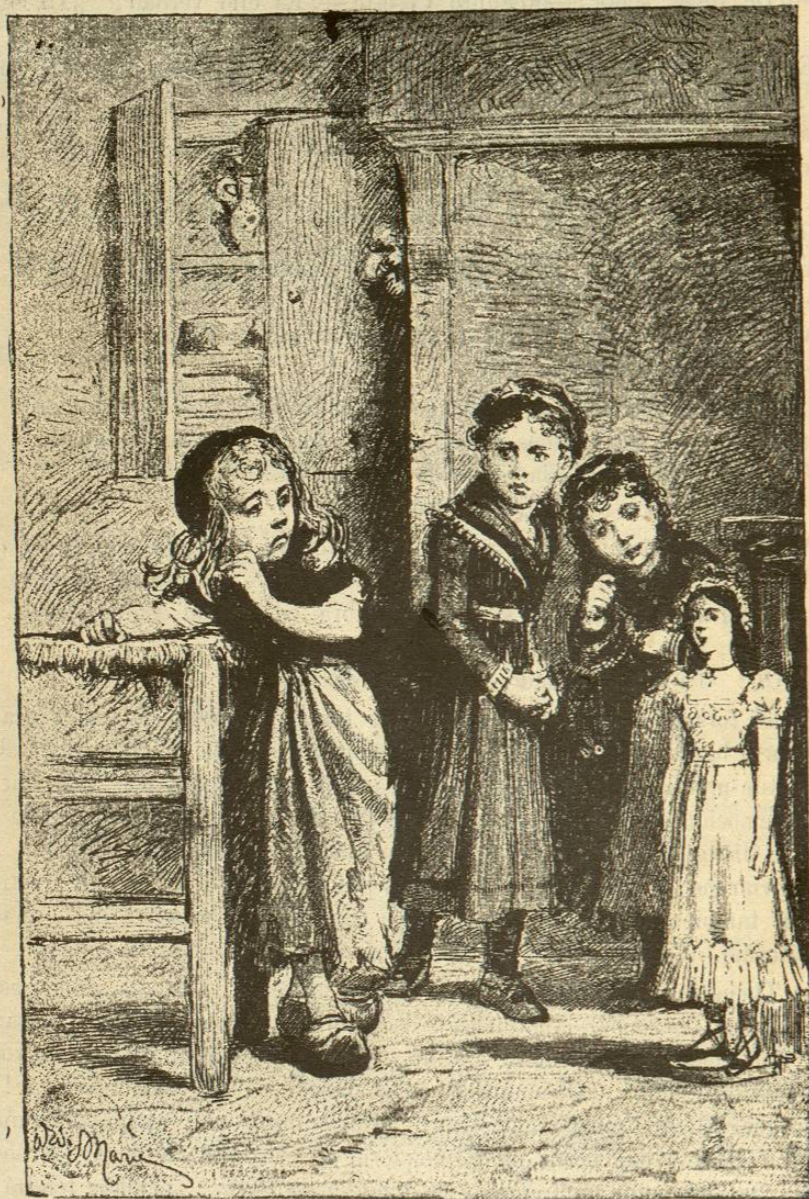
La Thénardier iba á cada instante al otro extremo de la sala, donde estaba su marido, "para ensanchar el espíritu", decía ella. Cambiaba con él algunas palabras, tanto más furiosas cuanto que no se atrevía á expresarlas en alta voz.

—¡Maldito viejo! ¿Qué capricho le ha dado? ¡Venir aquí á enredar! ¡Querer que juegue ese pequeño monstruo! ¡Darle muñecas! ¡Regalar muñecas de cuarenta francos á una perra que yo vendería en cuarenta sueldos! ¡A poco más, la llama "vuestra majestad" como á la duquesa de Berry! ¿Dónde tendrá el juicio? ¡De por fuerza debe estar loco este viejo misterioso!

—¿Y por qué? Es muy sencillo,—replicábale el marido.—¡Si eso le divierte! A tí te divierte que la niña trabaje, y á él le divierte que juegue. Está en su derecho. Un viajero hace lo que quiere cuando paga. Si ese viejo es un filántropo, ¿qué te importa? Si es un imbécil, no es cosa que te incumba; ¿de qué te quejas ya que tiene dinero?

Lenguaje de amo y razonamiento de posadero, que no admitían réplica uno ni otro.

El hombre se había puesto de codos sobre la mesa, y había vuelto á su actitud meditabunda. Todos los demás viajeros, mercaderes y tragneros se habían separado



un poco, y ya no cantaban. Observábanle á cierta distancia, con una especie de temor respetuoso. Aquel particular tan pobremente vestido, que sacaba de su bolsillo las "ruedas traseras" con tanta facilidad, y que prodigaba muñecas gigantes á niñas andrajosas, era ciertamente un buen hombre magnífico y temible.

Pasáronse algunas horas. La misa de media noche se había celebrado ya; la Noche Buena había concluído, los bebedores se habían ido, la posada estaba cerra-

da, la sala baja desierta; el fuego apagado, y el forastero continuaba siempre en el mismo sitio y en la misma actitud. De cuando en cuando cambiaba el codo en el cual se apoyaba, nada más. Pero no había vuelto á decir una palabra desde que Cosette se había ido.

Los dos Thénardier solamente, por cumplido y curiosidad, continuaban en la sala.



—¿Es capaz de pasar así la noche?—gruñía entre dientes la mujer.

Pero al oír qué daban las dos, se dió por vencida, y dijo á su marido:

--Me voy á acostar. Haz lo que quieras.

El marido se sentó en un rincón junto á una mesa, encendió una vela, y se puso á leer el "Correo francés".

Pasóse así una hora larga. El digno posadero había leído á lo menos tres veces el periódico, desde la fecha del número hasta el nombre del impresor. El forastero no se movía.

Thénardier se revolvía, tosía, escupía, sonóse dos ó tres veces, hizo ruido con la silla, y á todo eso el forastero sin hacer el menor movimiento.—¿Estará dormido?—pensó Thénardier. El hombre no dormía; pero nada podía despertarle.

En fin, Thénardier, después de descubrirse, se le acercó suavemente, y se permitió decir:

—¿El señor no va á descansar?

“No va á acostarse” habría aparecido excesivamente familiar. “Descansar” sabía á lujo, y mostraba respeto. Semejantes palabras tienen la propiedad misteriosa y admirable de aumentar al día siguiente la cuenta de gastos. Un cuarto en que uno se “acuesta”, cuesta veinte sueldos; un cuarto en que uno “descansa”, cuesta veinte francos.

—¡Calle!—dijo el forastero.—Tenéis razón. ¿Dónde está la cuadra?

—¡Señor!—exclamó Thénardier sonriendo.—Voy á acompañaros.

Tomó Thénardier el candelero, y el hombre su lío y su bastón; y el posadero condujo al huésped á un cuarto en el piso principal, espléndidamente alhajado, con muebles de caoba, cama, esquife y colgaduras de percal encarnado.

—¿Qué significa esto?—preguntó el viajero.

—Es nuestra cámara nupcial,—dijo el posadero.—Ocupamos otra mi esposa y yo. Aquí no entramos más que tres ó cuatro veces al año.

—Habría estado mejor en la cuadra,—dijo el forastero bruscamente.

Thénardier hizo como que no entendía aquella reflexión poco lisonjera.

Encendió dos bujías de cera sin estrenar, que figuraban sobre la chimenea. Un magnífico fuego ardía en el hogar.

Sobre la repisa de la misma chimenea, bajo un fanal, había un adorno de cabeza de mujer de hilo de plata y flores de azahar.

—Y esto—¿qué significa?—repuso el viajero.

—Señor,—dijo Thénardier,—el sombrero de boda de mi mujer.

El viajero miró el objeto con una mirada que parecía decir: ¿Ha habido pues, un momento en que ese monstruo fué una virgen?

Por lo demás, Thénardier mentía. Cuando tomó en arrendamiento aquella casucha para convertirla en figón, había encontrado aquel cuarto alhajado así, y había comprado los muebles y las flores de azahar, pensando que aquello prestaría cierta sombra de gracia á “su esposa”, de lo que resultaría, para el establecimiento, lo que los ingleses llaman respetabilidad.

Cuando el viajero se volvió, el posadero había desaparecido. Habíase eclipsado discretamente, sin atreverse á dar las buenas noches, no queriendo tratar con cordialidad irrespetuosa á un hombre á quien se proponía desollar regiamente á la mañana siguiente.

Thénardier se retiró á su cuarto. Su mujer estaba ya acostada; pero no dormía. Cuando oyó los pasos de su marido, volvióse y le dijo:

—¿Sabes que mañana pongo á Cosette en medio de la calle?

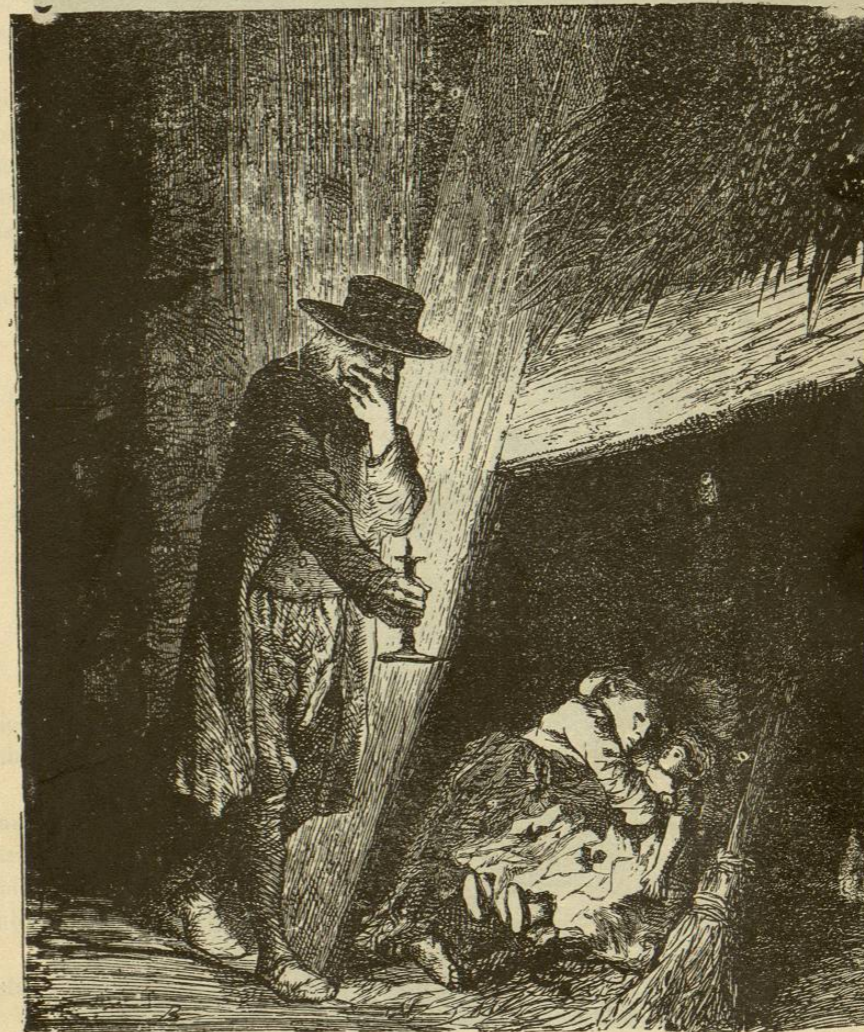
Thénardier respondió fríamente:

—¡Cómo te alteras!

No cambiaron otras palabras, y algunos instantes después estaba apagada la luz.

Por su parte, el viajero había dejado en un rincón su palo y su paquete. Fuera ya el hostelero, sentóse en un sillón, y permaneció algún tiempo pensativo. Qui-

tó: e después los zapatos, tomó una de las dos bujías, sopló la otra, empujó la puerta y salió del cuarto, mirando en torno suyo como quien busca algo. Atravesó un corredor, y llegó á la escalera. Allí oyó un ligerísimo ruido que parecía la respiración de una criatura. Dejose conducir por aquel ruido, y se encontró en una especie de hueco triangular abierto debajo de la escalera, ó por mejor decir, formado por la escalera misma. Este hueco no era otra cosa que la parte inferior del



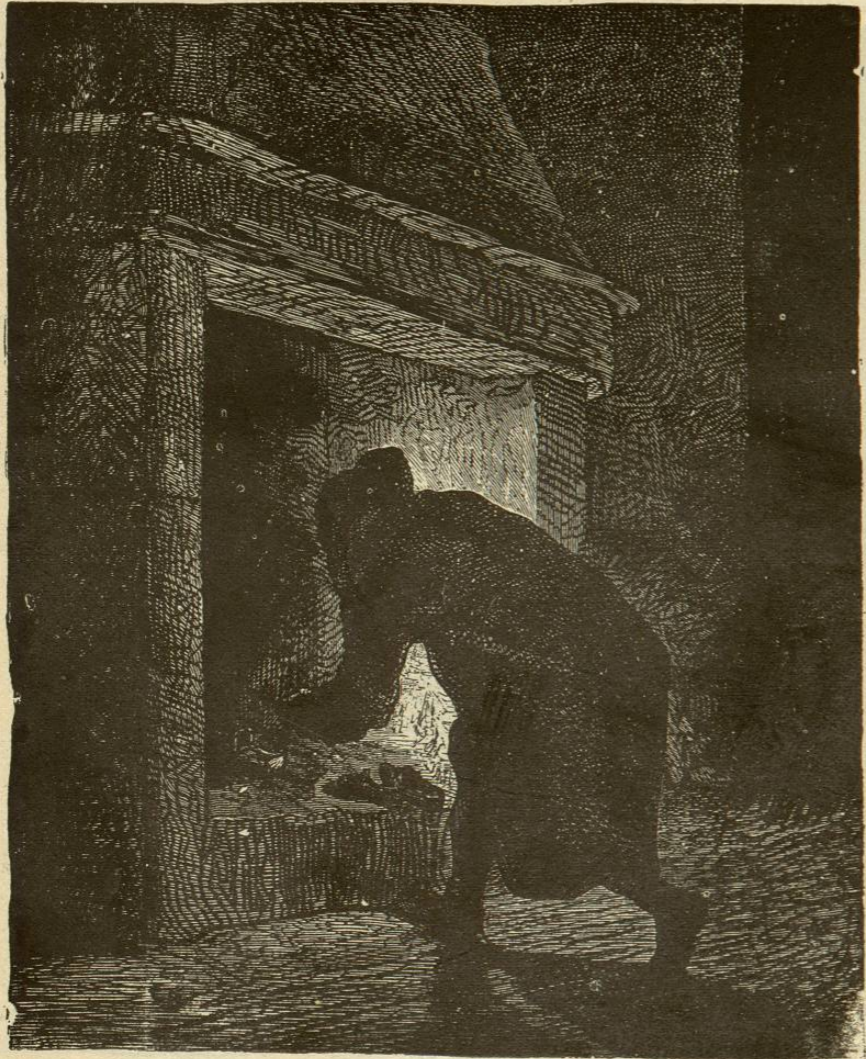
armazón que sostenía los escalones. Allí, en medio de toda clase de cestos, trastos viejos y rotos, entre el polvo y las telarañas, había un lecho, si es que puede llamarse así un jergón agujereado hasta descubrir la paja, y una manta agujereada hasta descubrir el jergón. Nada de sábanas. Esto tendido en tierra sobre los ladrillos. En este lecho dormía Cosette con su “señora”.

El hombre se acercó y la contempló.

Cosette dormía profundamente; estaba vestida del todo. En invierno no se desnudaba para no tener frío.

Tenía abrazada contra su corazón su muñeca, cuyos grandes ojos abiertos, brillaban en la obscuridad. De cuando en cuando lanzaba profundos suspiros como si fuera á despertarse, y apretaba la muñeca entre sus brazos, casi convulsivamente. No tenía al lado de su cama más que uno de sus zuecos.

Una puerta abierta junto al desván de Cosette dejaba ver un cuarto oscuro, bastante grande. El forastero entró. En el fondo, al través de una puerta vidrie-



ra, veíanse dos camitas iguales, blancas y limpias. Eran las de Azelma y Eponine. Detrás de ambas camas, se medio ocultaba una cuna de mimbres sin cortinas, donde dormía el chiquillo que había estado llorando toda la noche.

El forastero conjeturó que este cuarto comunicaba con el de los esposos Thénardier. Iba á retirarse, cuando su mirada reparó en la chimenea; una de esas vastas chimeneas de posada donde hay siempre tan poco fuego, cuando le hay, y que dan frío al verlas. No había fuego en ella, ni siquiera ceniza; pero sí algo que llamó la atención del viajero. Eran dos zapatitos de criatura de forma elegante y des-

igual tamaño; recordó el viajero la graciosa é inmemorial costumbre de los niños, que colocan su calzado en la chimenea la víspera de Navidad para esperar allí en las tinieblas algún brillante regalo de su hada buena. Eponine y Azelma no habían faltado á esa costumbre, y habían puesto cada una de ellas uno de sus zapatos en la chimenea.

Inclinóse el viajero.

La hada, es decir, la madre, había hecho ya su visita, y se veía brillar en cada zapatito una hermosa moneda de diez sueldos enteramente nueva.

El hombre se levantó de nuevo, é iba ya á salir, cuando distinguió en el fondo, aparte, en el rincón más oscuro del hogar, otro objeto. Miró y reconoció ser un zueco, un horrible zueco de la madera más común, medio roto, y completamente cubierto de ceniza y barro seco. Era el zueco de Cosette. Cosette, con aquella tierna confianza de los niños que puede ser engañada siempre sin desanimarse jamás, había puesto también su zueco en la chimenea.

Es una cosa por cierto sublime y dulce, la esperanza en una criatura que nunca ha conocido más que la desesperación.

No había nada en aquel zueco.

El forastero buscó en el bolsillo del chaleco, se inclinó, y puso en el zueco de Cosette un luis de oro.

Después volvióse á su habitación á paso de lobo.

IX

Thénardiere manobrando.

Al día siguiente por la mañana, dos horas á lo menos antes del alba, Thénardier, sentado á una mesa de la sala baja del bodegón, y alumbrado por una vela, estaba arreglando la cuenta del viajero de la levita amarilla.

La mujer, de pie, medio inclinada sobre él, le seguía con los ojos. No cruzaban una sola palabra. Por una parte, era aquello una meditación profunda; por otra, la admiración religiosa con la cual se mira nacer y desarrollarse una maravilla del espíritu humano. Oíase un ruido en la casa; era la Alondra que barría la escalera.

Después de un buen cuarto de hora y algunas raspaduras produjo Thénardier esta obra maestra:

CUENTA DEL SR. DEL NUMERO 1

Cena	3 francos.
Cuarto	10 "
Bujías	5 "
Fuego	4 "
Servicio	1 "
<hr/>	
Total	23 francos.

Servicio estaba escrito "cervisio".